



Prólogo

La cripta volvía a bullir de actividad en la oscura noche egipcia.

Dentro de la cámara mortuoria, las velas negras arrojaban un fulgor anaranjado sobre las paredes de arenisca cubiertas de hileras de antiguas imágenes y jeroglíficos esculpidos que explicaban en detalle una historia de argucias y de victorias. El punzante olor acre que llenaba el recinto, el olor de la vida que se transforma en muerte, provenía de dos humeantes vasijas de bronce. Uno de los recipientes contenía los rescoldos de una mezcla de caparazones de escarabajo y plumas de ave, y en el otro ardía lentamente pelaje animal y pieles de serpiente.

Durante milenios aquel había sido el lugar de encuentro de una organización secreta formada por personajes poderosos. Allí podían hablar de cosas impensables —o ponerlas en práctica, incluso— sin que nadie se enterara.

Los miembros de la sociedad secreta se reunían alrededor de un inmenso sarcófago de piedra en el que estaba sepultado el antiquísimo cadáver del fundador. Todo lo que hacían era para servirle. Todo lo que hacían era para traerle de vuelta a la vida.

Uno tras otro, iniciaron un canto en su honor.

El primero tenía una voz destemplada, temblorosa. Su sucia túnica gris estaba tan grasienta que caía pesadamente sobre su cuerpo anguloso. Se cubría el rostro con una máscara que representaba la cabeza de una mosca, con dos ojos enormes que sobresalían en los lados y relumbraban a la luz de las velas.

El segundo en sumarse a este canto maléfico llevaba una holgada túnica de color azul verdoso y en la cabeza una pesada máscara de hierro con la forma de un cocodrilo. Túnica y máscara eran la imagen vívida del poderoso predador emergiendo de su escondite en las márgenes del Nilo.

A continuación se unió al canto la voz apagada y rasposa de una mujer. Estaba tan delgada bajo su túnica granate que parecía un esqueleto y en la cabeza portaba una máscara de leona hecha de hueso blanqueado.

El último en unirse era mucho más alto que los demás, una figura imponente cubierta por una túnica negra como una noche sin estrellas. Su máscara era de pesadilla: un buitre egipcio. En parte depredador y en parte carroñero, el buitre es una criatura siempre cercana a la muerte que no le hace ascos a nada. Su pico imponente, que parecía dorado a la luz de las velas, se tornó negro al bajar con actitud brutal y mortífera.

La voz del buitre era alta y clara, absolutamente carente de emoción.

Cuando el canto alcanzó el *crescendo*, se le unieron otras voces más débiles, unos murmullos ásperos como el rumor de una brisa amortiguada en la cámara subterránea sellada.

El canto de los cuatro cesó abruptamente. Las voces fantasmales siguieron un instante más y desaparecieron entre las sombras.

Dio comienzo la reunión. Esta vez prescindieron de los temas habituales: la pesada tarea de deshacerse de un cadáver o

las complejidades de aumentar su inmensa riqueza. Hoy sólo tenían un tema que tratar, un tema tan legendario que los demás palidecían a su lado.

—Los tienen —dijo el individuo con la máscara de mosca.

—Así es —corroboró la leona—. Los han encontrado antes que nosotros, que llevamos años buscándolos.

—Tienen *algo* —puntualizó el cocodrilo—. Pero ¿cómo sabemos si realmente son...?

El buitre lo interrumpió. Los demás guardaron silencio.

—¡Yo lo sé! Han encontrado los Conjuros Perdidos. Ahora sólo tenemos que arrebatarlos y usarlos.

Los demás lanzaron nerviosas miradas al sarcófago. La leona habló a continuación:

—Los tendrán expuestos. No tienen ni idea de lo poderosos que son —dijo con su voz rasposa—. Sólo la mujer lo sabe.

—Necesitamos que alguien esté allí cuando lleguen —terció la mosca.

El hombre de cabeza de buitre clavó su mirada en cada uno de los acólitos presentes y los inmovilizó.

—Ya está todo previsto —anunció—. Al-Dab'u estará allí.

El líder levantó la mano abierta y la cerró. Las velas negras se apagaron con un furioso siseo. La leona, el cocodrilo y la mosca se desvanecieron en la oscuridad y volvieron a subir a la superficie, a la noche del desierto.

Cuando todos se hubieron ido, el buitre permaneció inmóvil en la oscura cripta. Había percibido algo en la cámara, algo tan patente que casi podía olerse en el aire. Miedo. Eran sus lugartenientes y los había seleccionado cuidadosamente por su eficiencia brutal y sin escrúpulos. Sin embargo, ahora que los Conjuros Perdidos estaban cerca, incluso ellos tenían miedo.

El buitre apoyó la mano en la fría piedra del sarcófago.

Deben tener miedo, pensó.

Todo lo que habían hecho hasta el momento era ensayar.

Pero ahora llegaba la prueba real.

Pronto se abriría la puerta entre los dos mundos. El poder de los muertos estaba a su alcance.



Un secreto mortal

Álex Sennefer estaba a punto de morir por primera vez.

Sintió la punzada de dolor cuando se encontraba en la Sala de Armas y Armaduras del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Fue tan repentina y aguda que por un momento creyó que se había pinchado con una de las lanzas medievales. Tropezó, y el golpe de sus zapatillas de deporte sobre el reluciente suelo retumbó en las paredes de la sala desierta. Hacía una hora que el museo había cerrado.

A Álex se le había acabado la medicina y no había nadie cerca que pudiera ayudarle.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, atravesó el vestíbulo mal iluminado de aquella sección del museo para dirigirse al ascensor que lo conduciría al despacho de su madre.

Las armaduras de seiscientos años de antigüedad que se alineaban junto a las paredes observaron sus esfuerzos con ojos vacíos. Desde lo alto de sus caballos, los caballeros lo contemplaban con total indiferencia.

Álex había sufrido ataques de dolor en otras ocasiones, pero nunca tan intensos; esta vez empezó como un pincha-

zo en el centro del cuerpo y se extendió a las piernas y los brazos convertido en millones de alfilerazos.

Extendió los brazos y trató de respirar profundamente, mientras intentaba realajarse y dejaba que el dolor pasara a través de su cuerpo. Los médicos decían a veces que se trataba de un problema de circulación de la sangre, otras veces apuntaban a un tema digestivo, pero en realidad nadie sabía lo que le pasaba.

A cada paso que daba, Álex tenía miedo de volver a sufrir un nuevo acceso de dolor. Entró lentamente en la Sala de Arte Estadounidense del museo y vio el ascensor.

Ya casi estás, se dijo. Respira.

Había sido un idiota: tenía que haberle dicho a su madre que pidiera más medicamento contra el dolor en cuanto se le acabó. Pero pensaba que podría soportarlo, y no quería que ella se preocupara y lo llevara al hospital. Álex detestaba el hospital. Lo odiaba. Y ese verano su madre estaba estresada, trabajaba mucho. Sólo le faltaba tener que preocuparse por él.

Sin embargo, tendría que decirle algo. Tendría que recurrir a los frascos de medicina que siempre reservaba para una emergencia.

Si es que podía llegar hasta ella, claro.

Entonces golpeó el botón de llamada con la palma de la mano y esperó una eternidad a que llegara el ascensor. Junto al botón del piso principal se leía: «ÚNICAMENTE PERSONAL DEL MUSEO», pero él rebuscó en su llavero y encontró el llavín que lo desbloqueaba. Casi se cayó al suelo cuando el ascensor arrancó. Estaba sofocado, y notó en la mejilla, como un alivio, el frío de la pared de metal.

En el camino al despacho de su madre no se tropezó con nadie. Era una preciosa tarde de verano y los empleados habían hecho lo posible por salir pronto del trabajo.

Tengo que decírselo a mamá, pensó.

No le quedaba otro remedio. El dolor le dificultaba pensar con claridad, pero rápidas imágenes de sus pasos por el hospital desfilaron por su mente: las pruebas, las agujas grandes como rotuladores fluorescentes y esas horribles batas desechables de papel. Álex tenía doce años y llevaba toda su vida aguantando análisis y pruebas médicas.

En la puerta del despacho de su madre colgaba un letrero que decía: «DRA. MAGGIE BAUER». La puerta estaba abierta y las luces encendidas.

—¡Mamá! —llamó.

Pero cuando entró no había nadie en el despacho.

Álex se asustó. Las ideas se agolparon en su mente.

El museo es enorme.

Mamá podría estar en cualquier parte.

¡Y necesito la medicina ahora mismo!

Estaba a punto de marcharse cuando vio el bolso de su madre sobre la silla. Sintió un inmenso alivio y lo abrió.

Una oleada de náuseas le obligó a cerrar los ojos un instante, pero siguió buscando dentro del bolso hasta dar con el frasco de medicamento que ella llevaba siempre consigo.

¡Lo tengo!

Cerró los dedos en torno al frasco de color naranja y lo extrajo del bolso. Sentía un hormigueo en el estómago. Lo abrió y se metió dos pastillas en la boca... No tenía tiempo de ir a buscar agua. Tapó el frasco, volvió a meterlo donde lo había encontrado, cerró la cremallera del bolso y se sentó en el suelo. Estaba exhausto.

Respirar.

Respirar.

Respirar.

Durante los siguientes diez minutos, lo único que su cuerpo podía hacer era:

Respirar.

Respirar.

Respirar.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó su madre desde la puerta.

Que no lo sepa.

Que no me vea en este estado.

A pesar de que todavía sentía dolor, Álex se levantó y se pasó la mano por el pelo con un gesto que quería parecer desenfadado, y que le sirvió para secarse el sudor de la frente.

—Un par de minutos solamente —dijo, intentando aparentar despreocupación.

—¿Te encuentras bien?

Álex se encogió de hombros.

Su madre no parecía convencida y clavó en él sus ojos de un intenso azul grisáceo. El chico la miró un instante y se arrepintió. Aunque pasaba muchas horas leyendo densos estudios académicos, su madre seguía teniendo una mirada penetrante a la que no se le escapaba nada. Le bastaría con posar los ojos sobre él para saber que algo no iba bien. Álex apartó la mirada y contempló la oscura mata de pelo que se recogía en un severo moño en lo alto. La doctora Maggie Bauer no tenía tiempo para preocuparse por el peinado.

—¿Por qué estás en mi despacho, cariño? ¿Necesitas algo?

—No. ¿Cuánto tiempo más vas a estar aquí? —preguntó Álex, en un intento de cambiar de tema.

—Me queda un buen rato. Tengo que volver a la Sala de Arte Egipcio. Los muertos son muy exigentes, ya sabes.

—¿Estás trabajando con el Hombre Agujoneado? —preguntó el chico con genuino interés, pese a que seguía un poco atontado.

La famosa momia del Hombre Agujoneado, en su sarcófa-

go, formaba parte de una nueva exposición a cargo de su madre como conservadora del museo. A él le fascinaba esa momia.

—No, es otra cosa —respondió su madre sin entrar en detalles.

Y era extraño, porque normalmente le gustaba contarle a su hijo sus nuevos proyectos.

—¿Puedo acompañarte?

La Sala de Arte Egipcio era su parte favorita del museo. No sólo la nueva exposición, sino todo: las momias envueltas en sus sudarios, los sarcófagos de piedra, las estatuas de humanos con cabeza de animal y de animales con cabeza humana, el oro, las joyas y demás tesoros que los antiguos egipcios pensaban que podían llevarse consigo a la otra vida. Era la única parte del edificio donde él nunca se aburría.

Su madre reflexionó antes de responder.

—Hoy no —dijo—. ¿Por qué no vas a buscar a Ren?

—¿Ren está aquí?

Álex se animó al saberlo.

—Acabo de verla —respondió ella—. Creo que está en la segunda planta.

—Vale, qué bien.

Álex se miró los pies y evaluó el dolor que sentía.

—Ah, sí. Casi se me olvida —comentó como de pasada—. ¿Podrías pedirme más medicina?

El radar de su madre se activó de inmediato.

—¿Ya te la has acabado? —preguntó, clavando en él sus ojos penetrantes como rayos X—. ¿No acabábamos de...?

—No, no. Es que creo que he perdido el frasco.

La excusa le salió sin pensar.

—¿Lo has perdido? Debes tener cuidado —dijo su madre con expresión preocupada—. Sólo porque ahora te encuentres mejor...

Álex comprendió que su madre intentaba hacerle ver lo importantes que eran las pastillas, pero sin preocuparle. Ambos jugaban a lo mismo, a hacer todo lo posible para no inquietar al otro.

Sabía que debía contarle lo que le había pasado, pero se sentía incapaz. Porque en sus ojos veía algo más: un cerco de oscuras ojeras y profundas líneas de preocupación. Y no era todo por culpa del trabajo; era a causa de él. Su madre, una mujer aventurera y repleta de energía, se merecía un hijo que pudiera pasear por el parque en verano sin desmayarse a causa del calor.

De todas formas, estaba seguro de que los dolores cesarían. Le había ocurrido otras veces. Sólo necesitaba un poco más de medicina mientras tanto.

—Ya lo sé —dijo.

Se golpeó en la cabeza con los nudillos para que sonara a hueco, como si acabara de hacer una estupidez.

Pero en ese mismo momento, a pesar del medicamento, le recorrió una nueva oleada de dolor y se sintió mareado. Estaba seguro de que su madre leería en su cara el dolor y se daría cuenta de lo mal que estaba...

Llamaron a la puerta.

Oscar, uno de los guardas del museo, asomó la cabeza. Era un hombre amable y sonriente, pero ahora parecía preocupado.

—Doctora Bauer, el señor Duran dice que la necesitan de inmediato en la Sala de Egipto. Parece importante.

La mujer reaccionó enseguida.

—Gracias, Oscar. Álex, tú te quedas con Ren, ¿vale?

Nada más decir esto, se marchó.

De modo que el chico no tendría que decirle nada. Sería su secreto.

Su secreto mortal.

Ren

—¡Eh, hola, queso fundido!

No cabía duda de que Álex acababa de encontrar a Ren. Estaba en una de las galerías de pintura europea, contemplando a los ángeles airados. Su nombre completo era Renata Duran, pero nadie la llamaba así. Era bajita, menos de un metro cuarenta, aunque era mejor no mencionar ese tema. Tenía el pelo castaño, más fino y un poco más claro que las greñas de Álex, y lo llevaba cortado como una media melena. Sus ojos castaños eran parecidos a los de su amigo.

Álex forzó una sonrisa.

—Hola, babas de caracol.

Estaba contento de verla, pero no se le había pasado el dolor. El medicamento sólo había servido para amortiguarlo.

—Te he estado buscando —dijo Ren—. No te encontré en la Sala de Arte Egipcio.

Álex y Ren eran amigos desde siempre. Los dos tenían padres que trabajaban en el museo, y los dos iban al mismo colegio en el Upper East Side... cuando él estaba bien como para ir al colegio de verdad. Ahora su madre le daba clases en casa.

—Apuesto a que sé por qué tu madre tiene que quedarse a trabajar hasta tan tarde —dijo Ren.

—Y yo apuesto a que sé por qué tu padre saldrá hoy tarde —replicó Álex.

El señor Duran era el ingeniero jefe del museo, el hombre al que recurrían cuando necesitaban renovar el sistema de seguridad o instalar una nueva vitrina.

—Es por la nueva exposición en la Sala de Arte Egipcio. Parece que tienen problemas allí, pero mi madre no me ha querido contar nada.

—¡Mi padre tampoco! —exclamó Ren—. Me dijo que tenía mucho trabajo y blablablá. Me pregunto si tiene que ver con los viajes que ha tenido que hacer este año tu madre. ¿Crees que eran para la exposición?

—Supongo que sí. Pero en realidad no me explicó nada, lo que resulta curioso —dijo Álex.

Ren acababa de tocar un tema que le había tenido algo preocupado: lo misteriosa que se había mostrado su madre con respecto a esta exposición. Ella siempre le decía con antelación a dónde iba, pero en los últimos meses hizo viajes sin previo aviso: una llamada en mitad de la noche y de inmediato lo mandaba en taxi a casa de sus tíos y se iba al aeropuerto. Además, normalmente le traía recuerdos de sus viajes —un globo de nieve del desierto del Sáhara, donde no nevaba nunca, o una camiseta de un bazar de El Cairo con el nombre de un grupo de rock escrito en caracteres árabes. Sin embargo, no le había traído nada de estos últimos viajes; como mucho, algo comprado en el aeropuerto, una chocolatina que podía proceder de cualquier parte.

«¿Dónde has estado?», le preguntaba él cada vez, y ella encontraba siempre la forma de no responder.

Álex se quedó pensativo.

—Mamá está muy estresada con esta exposición. La manera en que ha salido corriendo... no era normal.

Ren sonrió con malicia.

—¿Quieres que vayamos a ver lo que hacen?

—¿Crees que nos dejarán entrar? —preguntó él.

—¿Crees que les pediremos permiso?

Por supuesto, se refería a que irían a espiar. Álex sopesó el esfuerzo que le supondría ir hasta allí, subir las escaleras. Para él era un esfuerzo bastante importante incluso cuando tenía un buen día. Y hoy mucho más.

Miró a Ren. Su amiga nunca le empujaría a hacer más de lo que pudiera hacer. Pero ¿qué clase de amigo sería si no fuera capaz de hacer un poco de espionaje de baja intensidad? Si ni siquiera podía con esto, acabaría siendo una compañía muy aburrida para Ren.

—Vamos —dijo.

Bajaron en silencio las escaleras y se encaminaron a la Sala de Arte Egipcio. Álex le agradecía a Ren que caminara lentamente cuando estaba con él. Sabía que iba en contra de su espíritu de nativa neoyorquina. De todas formas, en esta ocasión tal vez era preferible la lentitud. Al fin y al cabo, tenían que actuar con sigilo.

Entraron sin hacer ruido en la inmensa sala donde estaba expuesto el Templo de Dendur, y Álex se detuvo un instante a contemplarlo, como hacía siempre. Era un templo antiquísimo. Había sido transportado piedra a piedra desde las orillas del Nilo y reconstruido en una sala de paredes de cristal junto a un estanque donde se veía su imagen reflejada.

Como ya era tarde, no había ningún vigilante a la vista.

Penetraron en el laberinto de salas frías y oscuras que había más allá del templo. La única luz provenía de las joyas contenidas en las vitrinas, teatralmente iluminadas desde arriba o desde aba-

jo para su lucimiento. Ralentizaron la marcha y prestaron atención. El padre de Ren y la madre de Álex podían estar cerca.

A medida que avanzaban de una sala a otra retrocedían en el tiempo. Pasaron de la XVIII dinastía a la más lejana XII dinastía y se encontraron con que la entrada a la siguiente sala estaba bloqueada. Les cerraba el paso una cortina que iba del techo al suelo y tenía un estampado de imágenes de una máscara mortuoria de oro y un papiro con inscripciones. Debajo de las imágenes se leía lo siguiente: «SALA CERRADA POR REFORMAS: ¡PRONTO UNA NUEVA EXPOSICIÓN!»

—Aquí es —susurró Ren—. A ver qué vemos... o qué podemos oír.

Álex volvía a sentir pinchazos de dolor, pero le dedicó a su amiga su mejor sonrisa de espía avezado.

Se deslizaron al otro lado de la cortina, y oyeron unas voces que provenían de una sala o dos más allá. Rápidamente echaron un vistazo alrededor y vieron multitud de gruesas vitrinas de cristal alineadas junto a las paredes.

La última vez que estuvieron en esta sala la vieron vacía, en espera de que llegaran los nuevos tesoros.

Lo que percibía el cuerpo de Álex se intensificó, pero esta vez no era dolor.

No. Era miedo.

Respirar.

Respirar.

Dentro de las vitrinas de cristal había fragmentos de lo que podían ser lienzos amarilleados por el tiempo o papiros de bordes oscuros.

Álex solo reconoció unos cuantos jeroglíficos del papiro, pero supo inmediatamente lo que era. Notó cómo reptaba por sus venas y le llamaba, metiéndose en sus huesos.

Era el Libro de los Muertos.